

Espíritu de hechicero

En el centro, está la paila encendida, llamas amarillas ondulan en el aire; arriba, el gato negro maúlla incansable, luchando por soltarse de la soga que lo amarra; a la derecha, el gallo distraído parece no importarle lo que sucede; a la izquierda la serpiente muerta, fría e inmóvil espera su destino; y, cerrando el círculo alrededor del fuego, hay una fotografía; es la fotografía de José, un hechicero que hace el rito que lo llenará de poder maligno. José al lado de la fotografía, y en frente de fuego humeante, reza con palabras enredadas, parafrasea un dialecto extraño y oscuro, adula el reino del mal con palabras que viajan hasta el infierno y estimulan el oído del Satanás, que en unos minutos se presentará ante el humano que lo llama.

De pronto el fuego se aviva solo, las llamas sobrepasan el metro de altura como si alguien invisible le echara combustible, una vaharada de humo negro y viciado se eleva esparciéndose ávido por la habitación, y un olor raro, penetrante y nauseabundo, cunde por el lugar invadiendo cada recodo.

José bebe rápidamente un brebaje que tenía preparado, coge al gato, lo degüella, y se dispone a tirarlo al fuego, pero en ese instante, el mundo se desvanece para él, cae al piso desmayado; está exánime, entregado al destino, respira suave y no mueve ni lo más mínimo de su cuerpo.

El fuego se extingue como una vela soplada por el viento. José ha fallado, el rito no fue terminado, y ahora vendrán las consecuencias. La serpiente cobra vida, se desenrosca tímida, y se enrosca ágil, se estira y se dirige lenta al cuerpo inerme de José; Pasa por encima de su brazo derecho, que permanece apartado del cuerpo; levanta la cabeza, saca su lengua bífida; mira a José y comienza a subírsele parsimoniosa, se arrastra por el

flanco de José, sube a su abdomen, se desliza hacia su tórax, trata de enroscarse en su cuello, pasa por detrás de su oreja y va a su cara, levanta la cabeza y se queda inmóvil; está a pocos centímetros del gallo que la mira, preparado para el ataque, envía un picotazo, la serpiente lo esquiva, produce un rugido sordo y contraataca, lanza un envión con la boca abierta y los colmillos erectos. El gallo ataca de nuevo, mientras que la serpiente como si entendiera la superioridad de su contendor se retira, se baja de la cara de José, se arrastra hasta la pared, sube por una lámpara y se queda quieta.

José está dormido, su cabeza se ha convertido en un mundo oscuro, en una caverna sin salida, en un laberinto de sombras, por el que él divaga. Se halla en un sendero desconocido, rodeado por árboles esqueléticos, sin hojas, sin vida...

A lo lejos, se escucha el misterioso canto de unas aves, José intrigado repara el lugar en donde se encuentra, mira al cielo, está cubierto por gruesas nubes grises, que sobresalen de la oscuridad, y atrás en la inmensidad, está la esplendorosa luna llena, que lucha por destaparse; y una brisa helada sopla desde el oriente.

José siente miedo, su cuerpo está pesado, sus piernas rígidas y le cuesta respirar; camina despacio y pausado, está confundido y desorientado; alucina, cae al suelo, todo a su alrededor da vuelta, siente náuseas y tiembla; con esfuerzo se pone de pie, está mareado y entre su confusión mental, escucha el ruido progresivo de unas aves, el mecido de sus alas, ahora escucha de cerca el canto de los pájaros, es agresivo y ensordecedor. José está parado en medio del camino, en medio de la selva roída, en medio del terror.

Las ve llegar, miles de aves llegan a los árboles; son grandes y negras, con picos largos y afilados, cantan incansablemente, y están hambrientas; inesperadamente se quedan en silencio, y de repente se lanzan en manada hacia José, que cae al suelo; miles de pájaros lo atacan sin compasión, rodean su cuerpo vejado y comienzan a arrancarle pedazos de carne, se lo están comiendo vivo, José siente un dolor insoportable, es el dolor su

pecho, es el dolor de la muerte; grita..., gritos que desgarran su alma, pero es inútil; las aves le sacan los ojos y las entrañas, Percibe un olor a sangre, es la sangre de su cuerpo, es la sangre que se derrama por el suelo.

José despierta, siente dolor en la cara, se lleva la mano al rostro, la retina roja; de un impulso se sienta, su cara destila un líquido rojo y viscoso. Mira su pecho, está herido como si lo hubieran apuñalado. Entonces, recordó el sueño, se pone de pie asustado, la sangre gotea; mira al gallo, ve su pico sangriento, corre iracundo hacia él y le pega un puntapié; el animal cae como muerto en un rincón de la habitación, José camina hacia él, y de repente como si el gallo estuviera poseído se lanza hacia José. Da picotazos en la cara del hombre, que cae al piso mientras el ave endiablada arremete. José se levanta y corre, sale de la habitación, luego de la casa. Está en la calle desolada, la noche es oscura, cae una pertinaz llovizna. El gallo canta y golpea la puerta tratando de salir.

José corre y se detiene a mitad de la calle recta. A lo lejos como salido de la noche aparece un auto, que viaja con una velocidad increíble, inimaginable. José está atónito, paralizado en medio de la vía; trata de moverse, pero parece atado, el auto se acerca rápidamente, ruge como bestia y emite una columna de humo negro. José jadea, su corazón golpea con fuerza su pecho, sus ojos lloran; el auto se acerca, está a segundos de atropellarlo. Entonces, José ve que el auto no lleva conductor, y espera estático el golpe de un carro fantasma. Fue seco, rudo, de frente; José voló, dio vueltas en el aire y calló sobre un auto aparcado al lado de la vía, luego resbaló y calló a la acera. La sangre brota de su cabeza mientras el carro fantasma se desvanece en la oscuridad de la noche.

Ahora su mente y su alma están sumergidas en las tinieblas; abre los ojos, está en medio de una caverna oscura, yace sobre el fango, le duele cada músculo y sus piernas trémulas no pueden sostenerlo. Lucha por ponerse en pie, las lágrimas salen incontenibles de sus ojos, su alma está derrotada y su cuerpo casi muerto. Se arrastra

por las paredes escabrosas, se lamenta..., lamentos lánguidos que retumban en lo profundo de la tierra. Avanza, está aterrado como nunca antes lo estuvo, sabe que es vulnerable, ahora se ha convertido en un humano casi normal; el rito no fue terminado y debe pagar su denuedo. Camina, escucha un ruido, es el ruido de miles de alas rompiendo el aire acompañado de chillidos estridentes, que se mezclan con el aleteo, para componer un soneto espeluznante. José se tira al suelo, millones de murciélagos revolotean a su alrededor, salen de todas partes y están en todas partes, mientras José trata de huir, arrastrándose en el lodo en busca de una luz.

Ha pasado el tiempo, tal vez minutos, tal vez horas. José llora inconsolable mientras recorre la interminable caverna; sus rodillas, manos y codos están heridos. Se tropieza, cae, se levanta y camina en medio de una nube de fastidiosos vampiros, que como enjambre vuelan encima y alrededor de su cuerpo maltratado, a veces chocan contra él, se pegan de su cuello, de sus brazos, de su costado; lo victiman, lo rasguñan, lo muerden, succionan su sangre.

José desea la muerte, esa que antes odiaba, es la misma que ahora ama, la pide sin renunciar a la esperanza de tenerla, pero huirá de él hasta que no se use lo correcto para matarlo.

Después de mil sollozos, lamentos, gritos y blasfemias, ve un haz de luz que alumbra tenue los recodos de la caverna, envolviéndola en una penumbra sosegada y silenciosa. José corre en busca de la fuente lumínica, escucha ruidos de tambores y de gaitas, que resuenan temblorosas en el aire; ahora escucha voces que paulatinamente se hacen más audibles, a cada metro, a cada paso, a cada segundo...

Ve cuerpos humanos desnudos, están arrodillados alrededor de una fogata, son indígenas que cantan, danzan, beben, comen, hacen sacrificios; toman la prenda para

sacrificar a su dios, es un bebé, lo ofrecen, luego lo echan al fuego. Se quema... emite chillidos desesperados, quebrantados, que disminuyen a medida que se consume. Pronto queda calcinado; súbitamente, todos los indios se vuelven esqueletos, miran a José que los observa impresionado. Caminan hacia él, se acercan rápidamente. José corre, lo persiguen; disparan dardos, que impactan en su espalda. Corre desesperado, ya sin fuerza, sin aliento, sin esperanza...

Todo vuelve a ser lóbrego, los indios esqueletizados lo alcanzan, lo jalan, lo toman, el veneno de los dardos hace efecto; siente que su sangre hierve, su corazón palpita desesperado, la sangre que ahora es un líquido acuoso, sale de su nariz, de su boca, de sus heridas.

Inesperadamente ve una luz pasmosa, es la salida, la salvación y está en frente de su senda, los indios gritan, José corre, corre...

Siente un vacío, está volando, ve la luz que lo rodea, rayos de sol encandilan sus ojos; siente agua fresca y confortable, se profundiza en ella, se ahoga, nada y sale a flote.

Mira hacia arriba, ha caído de una gran cascada que fluye de una roca.

Tibios rayos de luz calientan su cara, mira al cielo, que está azul con pincelazos de nubes blancas, mira alrededor, está en un caño de agua pútrida, se pone en pie, camina cojeando. Sabe que necesita ayuda y busca a su madre, que fue quien le enseñó la hechicería.

—¡Te lo dije! ¡Te lo dije! Sabías que no podías hacerlo —gritó su madre.

—¡Sí, lo sé! Salió mal y necesito ayuda para revertirlo.

—No, no hay forma de revertir ese hechizo, eso está por encima de nuestro poder.

—¡Entonces! ¿Qué hago? En verdad no logro entender lo que está pasando, de pronto como en un sueño aparezco en un lugar extraño, animales y toda clase de cosas raras me atacan, y cuando pienso que estoy a punto de morir, despierto y aparezco en algún lugar de la ciudad, lejos de donde estaba inicialmente.

—¡Debiste averiguar los riesgos de esto! Es tu espíritu hechicero, jugará contigo hasta enloquecerte. Salió de tu cuerpo, y en las noche a donde el valla como espíritu, tú irás con tu alma y con tu mente, y al final, tu cuerpo sufrirá las consecuencias. Puede llevarte al mismo infierno si quiere.

—¿Y qué hago ahora?

—Nada. Buscará la forma de matarte, y mientras la encuentre, te enloquecerá. Mi abuelo pasó sesenta años loco, hasta que murió de viejo a los ciento veintidós años.

—Madre, tu sabes que hay pocas formas de matar a uno de nosotros.

—Sí, él las conoce, y buscará la forma de ejecutarlas. Ahora ve y destruye la fotografía del rito, el espíritu se incorporará y te atacará con cada uno de los animales, estén vivos o muertos, incluso, puede poseer a humanos, y por último se meterá en la imagen de la fotografía, o sea que se convertirá en ti y, entonces, estarás condenado y ya nada lo detendrá.

José va a salir para ir a su casa.

—¡Espera! —Dijo su madre. Creo que hay una forma de matarlo; un baño de brea caliente.

—Pero... ¡esa es una de las formas de matar a un hechicero! —Respondió José.

—Es cierto. Sólo hazlo. Conseguiré todo lo necesario y te lo enviaré ésta tarde con Gabriel y Julio, ellos te ayudarán. Debes hacerlo en la casa de campo, después de media noche y antes de las tres de la mañana. Ah, y repite el rito, así el espíritu irá al lugar.

José va a su casa, está preocupado, sabe que ni el gato, ni la serpiente lo han atacado, pero debe recuperar la fotografía. Abre la puerta, el gallo está muerto en la entrada, camina sigiloso, su cuerpo se estremece y un sudor frío rueda por su frente. Entra en la habitación del rito, que está oscurecida por gruesas cortinas negras que cubren las ventanas. Toma la fotografía, la guarda en su bolsillo, no logra ver ni al gato, ni a la serpiente, se dirige hacia la lámpara para encender la luz, acerca la mano, la serpiente permanece inmóvil, pero ávida para atacar. José siente un latigazo en la mano, saca el brazo, la serpiente cuelga de sus dedos, enterrando los colmillos en la carne de José, que grita desesperado, sacude la mano, jala la serpiente y la tira contra la pared, la serpiente cae muerta; José corre al baño, pone la mano en agua. Ve que el sanitario está lleno de sangre; José se aleja, escucha maullidos, ve al gato degollado que arrastra la cabeza, el gato camina hacia él, se lanza y se ase con sus garras a la espalda de José, que se sacude, se tira al piso; el gato desgarrar a arañazos su piel, arranca su ropa y rasguña su cara, José logra cogerlo y lo arroja por la ventana.

José va a la sala, se sienta en un sillón; se desangra, el dolor es tan fuerte que entumece su cuerpo; susurra rezos pero no surten efecto, ha perdido casi todo su poder, aunque mantiene la dinastía que le permitirá evadir a la muerte.

Tiene fiebre, suda profusamente, tiembla y comienza a sentir asfixia. Saca la fotografía de su bolsillo, está en blanco, su imagen ha desaparecido, ahora el espíritu tiene su cuerpo.

Tocan la puerta, José está débil, y abre con esfuerzo, son Gabriel y Julio, que llegaron con los implementos necesarios para repetir el rito y matar al espíritu.

Van a la casa de campo, Gabriel conduce por horas mientras José emite quejidos de dolor, y pide morir encarecidamente.

Llegan; es una casa lúgubre, enclavada en lo profundo del bosque; José pierde el sentido y por segundos se ve caminando sobre un mar de fuego, se quema lentamente, suda; reacciona alterado, convulsiona, vomita...

Es media noche, José es un vestigio de lo que era, bebe agua y comienza el rito, ya los animales están ubicados, Gabriel y Julio derritieron la brea en una olla, que ahora burbujea caliente, viscosa; es un caldo negro y espeso. Cuelgan la olla del techo, sólo con jalar una cuerda se vaciará la brea ardiente sobre el espíritu, que ahora habita en la imagen de José.

En el centro, la paila encendida, arriba, el gato, a la derecha, el gallo, a la izquierda, la serpiente, y cerrado el círculo, la fotografía. Al lado, José reza con sus labios temblorosos y su lengua tiesa, y apenas logra susurrar el conjuro.

Escucha gritos, primero lejos, luego cerca, gritos que salen del bosque espeso, y se acercan paulatinamente. Es él, es el espíritu, que ya llegó. Está en la casa, parado en la mitad del círculo. Mira de soslayo a José que está desvanecido de rodillas en el suelo, mira a Gabriel que sostiene la cuerda para jalar la olla, y luego a Julio que tiembla asustado. Mira arriba, ve la olla humeante. En ese momento Gabriel jala la olla, la brea hirviente, cae sobre el espíritu que se quema. Al igual que José, que también se quema, como si él mismo estuviera recibiendo el baño de brea. Su cuerpo humea, su carne se calcina y se ven sus huesos ennegrecidos. El espíritu que posee la imagen de la fotografía arde como un papel, mientras José abatido se lamenta; siente la muerte y escucha la voz de su madre que le habla. “Es lo mejor, no quiero que sufras como mi abuelo”.

Todo desapareció, un manto negro cubrió los ojos de José, que no sintió más.

José está reducido a huesos. Gabriel está atónito y Julio llora aterrado, de pronto Julio es poseído y se lanza agresivo hacia Gabriel, lo toma del cuello, lo aprieta, lo ahoga..., lo estrangula. Luego salta por la ventana y se interna en el bosque.

Hoy, el espíritu hechicero de José, recorre el mundo apoderándose de hombres, animales y fotografías, poseyendo a todo aquel que teme a la muerte, y atacando a los que la aman. Y puede estar en una de las fotografías de tu casa, o tal vez en tu mascota, o quizá en tu madre.